

## LA XTABAY

Vivían en un pueblo dos mujeres; a una la apodaban los vecinos la Xkeban, que es como decir “la pecadora”, y a la otra la llamaban Utz-Colel, que es como decir “mujer buena”. La Xkeban era muy bella, pero se daba continuamente al pecado del amor. Por esto, las gentes honradas del lugar la despreciaban y huían de ella como de casa hedionda. En más de una ocasión se había pretendido lanzarla del pueblo, aunque al fin de cuentas prefirieron tenerla a mano para despreciarla. La Utz-Colel, era virtuosa, recta y austera además de bella. Jamás había cometido un desliz de amor y gozaba del aprecio del vecindario.

No obstante sus pecados, la Xkeban era muy compasiva y socorría a los mendigos que llegaban a ella en demanda de auxilio, curaba a los enfermos abandonados, amparaba a los animales; era humilde de corazón y sufría resignadamente las injurias de la gente. Aunque virtuosa de cuerpo, la Utz-Colel era rígida y dura de carácter: desdeñaba a los humildes por considerarlos inferiores a ella y no curaba a los enfermos por repugnancia.

Recta era su vida como un palo enhiesto, pero sufrió su corazón como la piel de la serpiente. Un día ocurrió que los vecinos no vieron salir de su casa a la Xkeban, pasó otro día, y lo mismo; y otro, y otro. Pensaron que la Xkeban había muerto, abandonada: solamente sus animales cuidaban su cadáver, lamiéndole las manos y ahuyentándole las moscas. El perfume que aromaba a todo el pueblo se desprendía de su cuerpo. Cuando la noticia llegó a oídos de la Utz-Colel, ésta rió despectivamente.

—Es imposible que el cadáver de una pecadora pueda desprender perfume alguno —exclamó—. Más bien apestará a carne podrida.

Pero era mujer curiosa y quiso convencerse por sí misma. Fue al lugar y al sentir el perfumado aroma dijo con sorna:

—Cosa del demonio debe ser para embaucar a los hombres —y añadió— si el cadáver de esta mujer mala huele tan aromáticamente, mi cadáver olerá mejor.

Al entierro de la Xkeban sólo fueron los humildes, a quienes había socorrido, los enfermos a los que había curado, pero por donde cruzó el cortejo se fue dilatando el perfume, y al día siguiente, la tumba amaneció cubierta de flores silvestres.

Poco tiempo después falleció la Utz-Colel, Había muerto virgen y seguramente el cielo se abriría inmediatamente para su alma. Pero, ¡oh sorpresa!, contra lo que ella misma y todos habían esperado, su



cadáver empezó a desprender un hedor insoportable, como de carne podrida. El vecindario lo atribuyó a malas artes del demonio y acudió en gran número a su entierro, llevando ramos de flores para adornar su tumba. Flores que al amanecer desaparecieron por “malas artes del demonio”, volvieron a decir.

Siguió pasando el tiempo, y es sabido que después de muerta la Xkeban se convirtió en una florecilla dulce, sencilla y olorosa llamada Xtabentun. El jugo de esa florecilla embriaga dulcemente tal como embriagó en vida el amor de la Xkeban. En cambio, la Utz-Colel se convirtió después de muerta en la flor de Tzacam, que es un cactus erizado de espinas del que brota una flor hermosa pero sin perfume alguno, antes bien, huele en forma desagradable y al tocarla es fácil punzarse.

Convertida la falsa mujer en la flor de Tzacam se dio a reflexionar, envidiosa, en el extremo caso de la Xkeban, hasta llegar a la conclusión de que seguramente porque sus pecados habían sido de amor, le ocurrió todo lo bueno que le ocurrió después de muerta. Sin caer en la cuenta de que si las cosas habían sucedido así, fue por la bondad del corazón de la Xkeban, quien se entregaba al amor por un impulso generoso y natural. Llamando en su ayuda a los malos espíritus, la Utz-Colel consiguió la gracia de regresar al mundo cada vez que lo quisiera, convertida nuevamente en mujer para enamorar a los hombres, pero con amor nefasto, porque la dureza de su corazón no le permitía otro.

Pues bien, sepan los que quieran saberlo que ella es la mujer Xtabay la que surge del Tzacam, la flor del cactus punzador y rígido, que cuando ve pasar un hombre vuelve a la vida y lo aguarda bajo las ceibas peinando su larga cabellera con un trozo de Tzacam erizado de púas. Sigue a los hombres hasta que consigue atraerlos, los seduce luego y al fin los asesina en el frenesí de un amor infernal.

Anónimo (2006). Leyendas de México. México: Ediciones Leyenda “La Xtabay”, pp.131-132.